

# Cuéntame un cuento que estoy confinado



Oriol Colomer Casas

1



ASOCIACIÓN BODHICITTA  
ESCOLA DE L'ÉSSER



# Prólogo

Desde el momento en que me llegó esta iniciativa noté y sentí la necesidad de recuperar un lenguaje de pureza, ese lenguaje entre la infancia y la adolescencia con el que se expresa la protagonista de estas historias, Carlota. Percibí que era fundamental recuperar esa naturalidad de expresión, ese poder decir las cosas sin el deseo de que sean escuchadas; simplemente por el gozo de hablarlas, de compartirlas. Todos podemos aprender de eso. Todos necesitamos ese periodo de crisis a partir del cual se desarrollan estos pequeños cuentos.

Las palabras de Carlota son el reflejo de una alternativa. Palabras sanas, limpias, fáciles, entrañables, punzantes y amorosas. Como ella está en periodo de crisis, lo tiene todo y desde ahí va creciendo en la libertad y en la capacidad de poder decir lo que muchos de nosotros estamos pensando, sintiendo o, incluso, notando.

En el fondo estas lecturas me llevan al agradecimiento, a la bondad humana, a la bodhicitta,



esa unión de la gran compasión y la sabiduría innata como semilla del despertar.

Gracias a Oriol Colomer, el autor de esta preciosa iniciativa que a la vez tiene una bonita historia detrás: el deseo del autor de seguir en contacto con sus alumnos después de que se suspendieran las clases a raíz del confinamiento.

Gracias, Carlota.

Seguimos aprendiendo.

Xavier Puigdevall Oliver

Maestro en meditación y presidente de la Asociación Bodhicitta



# Presentación

Como cuando llegas de una aventura repleta de enseñanzas, con aquella particular mezcla agri dulce después de una primavera difícil y rica a la vez, os compartimos las experiencias de Carlota durante el confinamiento. Carlota, una chica de 11 años, se encuentra en esa edad en que ya no es una niña pero, tampoco, una mujer. Vive una delicada etapa de transición.

Todos nos hemos sentido como Carlota en este confinamiento: inquietos, sin saber dónde íbamos, y extraños, ante una experiencia que no teníamos codificada. Y al atravesar este proceso incierto, Carlota ha crecido. Como siempre, cualquier límite o dificultad exterior es una oportunidad para crecer interiormente. Este diario que os presentamos es una buena muestra de ello.

Carlota nos demuestra que con un espíritu abierto y despierto, es posible descansar la mirada observando una pared blanca, revitalizarse apreciando los muchos verdes de la naturaleza o sentir una firme fortaleza



interior cuidando a su padre como él la ha cuidado en tantas otras ocasiones pasadas. Desde una actitud generosa, que no se mira el ombligo, el mundo es bello y bondadoso.

Carlota, pequeña, ante un mundo, muy grande y en crisis, ha tenido el coraje de reconocer con honesta humildad esta pequeñez y se ha abierto al mundo con una generosidad compasiva que nos vincula y que nos retorna con esperanza a la esencia de la condición humana.

Deseamos que gocéis de la lectura de estos veinte momentos de la vida de Carlota. Que os enternecáis leyéndolos tanto como ella lo ha hecho escribiéndolos.



## 15 de marzo: El cumpleaños

Ayer fue el cumpleaños de mamá. Qué celebración más extraña: papá, mamá, mi hermana y yo, en casa, y, en la pantalla del ordenador, el resto de la familia. Todos estaban muy emocionados con esta fiesta tan...tecnológica. Yo me despisto un momento (me pasa a menudo esto de despistarme) y miro hacia fuera. Aunque ya son las 7 de la tarde todavía no se ha hecho de noche: el día, poco a poco, a pesar de todo, se va alargando como cada mes de marzo. Y pienso en la cantidad de gente que en mi ciudad y en el mundo cumple años este mismo día pero no tienen la suerte de estar acompañados. Mamá, que como le gusta decir me conoce desde que nací, me acerca con esa suave determinación tan suya: “Este año Carlota me va a ayudar a soplar las velas”. El olor del pastel, de una trufa que hace una pinta inmejorable, nos estimula a, decididos, inspirar para después soplar con fuerza.



## 22 de marzo: Perico

En casa tenemos un canario, Perico. Es monísimo. Aunque está enjaulado, siempre refila contento. Y siempre que lo hace, nos quejamos. Estos días, sin embargo, en que a menudo se respira en casa y fuera un silencio que nos abrumba, no nos molesta que refile; lo agradecemos. He estado dándole vueltas y, quien sabe, si este agradecimiento es fruto de un confinamiento que nos permite entender de una manera más empática (este adjetivo le encanta a mi profesor de lengua) lo que significa vivir en una jaula.



## 29 de marzo: El saludo

Hoy desde mi habitación he visto como mamá y la vecina de enfrente se saludaban: “¿Cómo estáis?” “Bien” ¿Y vosotros, todo bien?” “Sí, bien, de momento”. Y he visto que lo hacían de verdad. Realmente tanto mi madre como mi vecina preguntaban interesadas en la otra. Me he emocionado solo de ver una escena tan... cotidiana. Qué hermoso sería, cuando todo esto acabe, que la gente solo dijera lo que verdaderamente quisiera decir.



## 5 de abril: La abuela

“Ven al balcón, guapísima, que nos daremos un baño de sol”. Todavía me parece oír a mi abuela cuando en pleno mes de abril me invitaba a tomar el sol en su balcón. Me ponía un poco de crema con aquellas manos tan suyas (fuertes y delicadas a la vez) y, como que el agua del mar de principios de primavera aún está un poco fría, nos hacíamos un baño solar.

Estos días, abuela, que aprendemos a agradecer las cosas sencillas, me he puesto en el balcón, he cerrado los ojos y he dejado que el sol me caliente. Tu recuerdo, por supuesto, también.



## 10 de abril: El abrazo

Hoy he acompañado a mi padre al vestíbulo de la entrada del bloque de pisos donde vivimos. “Acompáñame abajo, venga, que tengo que ver si hemos recibido una carta”. ¡Qué aventura bajar las escaleras! Y cuando ya estaba en el vestíbulo... he visto mi calle y me ha cogido una sensación curiosa: de entrada me he tirado como para atrás porque tengo claro que bajo ningún concepto puedo salir pero a la vez me han cogido unas ganas de empezar a correr por la calle y respirar y tocar y abrazar y... Mi padre, que no sé como se lo hace para leerme el pensamiento, me ha dicho: “Todo llegará, Carlota, y lo que estamos viviendo, de aquí unos meses, lo recordaremos como una aventura”. El abrazo que nos hemos dado después también la recordaremos, para siempre.



## 15 de abril: El maestro

Ya hace un mes que no voy a la escuela. Aquel extraño jueves 12 de marzo queda lejos y cerca a la vez. Ya hace más de cuatro semanas que no veo a mis maestros. Sinceramente, al principio, no ir a la escuela me pareció, a pesar del ambiente de preocupación que se palpaba en casa, una oportunidad para disfrutar de unas fabulosas vacaciones. Ahora, sin embargo, la cosa es diferente. Y (¡quién me lo hubiera dicho!) echo de menos la escuela. Echo de menos las bromas, un poco pesadas, vale, pero hechas con toda la buena intención, de Pedro, el profesor de catalán, la energía de Carla, la profesora de educación física, la paciencia de Jaime, el profesor de matemáticas... Supongo que ahora empiezo a entender aquella frase de Einstein que tenemos al entrar en el colegio y que tantas veces he visto pero nunca me he detenido a leer como corresponde: “El saber es lo que queda después que lo hayas olvidado todo”. Pues eso: la energía de Carla, la paciencia de Jaime, el humor de Pedro...es lo que ha sobrevivido después de tantos días y lo que en este confinamiento echo de menos y a la vez me acompaña. Y es lo que me acompañará, estoy segura de ello, cuando ya no recuerde todo lo que me han enseñado.



## 22 de abril: Aburrirse

“¡Cuanto sabéis jugar a las maquinitas (así es como mi abuelo se refería a los móviles, tablets...)! Pero hay una cosa que no sabéis hacer: no sabéis aburriros”. Sonreía, como un niño, y con la barba mal afeitada (¡como rascaba cuando te daba un beso!) se iba al balcón donde se dejaba balancear plácidamente en ese balancín que parece que vea y huela como si lo tuviera delante. Y mientras fumaba miraba el cielo sin mirar nada en concreto. Yo me sentaba a su lado y lo observaba; sin entender muy bien porqué (¡no hacía ninguna falta!) me relajaba. En la escuela me recuerdan a menudo que tengo que aprovechar el tiempo o, en todo caso, no perderlo bajo ningún concepto. Aprovechar, siempre; perder, jamás. Mira por donde, como he sido muy eficiente al acabar la montaña de deberes que nos han puesto tengo una hora muerta antes de cenar. He ido al balcón y me he sentado en una silla (¿se puede saber por qué no hay balancines ahora en las casas?) y me he dedicado a mirar sin mirar nada en concreto. ¡Qué gusto esto de ser ineficiente!



## 29 de abril: Casa

Estos días recorro una y otra vez los diferentes rincones de mi casa. Ya los conocía pero ahora, con tiempo, los... reconozco. Cada peldaño de la escalera tiene su nombre. Cada cosa que hago, un día y otro, puedo saborearlo con calma: la ducha de la mañana, la preparación de las tostadas de pan para el desayuno, dormirse en el sofá por la tarde y después preparar una merienda ligera, escribir un pensamiento como estoy haciendo ahora... Ahora que he reconocido mi casa, espero no marcharme nunca más olvidando como se vuelve.



## 2 de mayo: La enfermera

Mi hermana mayor es enfermera. Es decidida y cuando la cosa la tiene clara se lanza. Así de fácil. Según mamá, yo soy más de pensarme las cosas. Mi hermana, no. “La salud no puede esperar y estos días todavía menos”. Qué fuerza tiene. Cuando llega a casa no habla nunca del trabajo, pero por la cara que hace sé si ha tenido, como dice ella, “una guardia movida o más tranquilita”. Mi hermana, como tantas otras personas valientes, siempre dice que solo hace lo que tiene que hacer. Sin sentimentalismos. Me emociona eso, su generosidad sin gota de emoción. Y yo, al verla, a parte de aplaudir con fuerza y ruidosamente cada día a las 8 de la tarde, tomo nota de su actitud de la mejor manera que me han enseñado a hacerlo: en silencio. Y lo hago para que cuando todo esto se acabe tenga bien claro quienes son las personas que salvan vidas y quienes no.



## 7 de mayo: Vivir

Mi tío ha estado muchos días en el hospital. Muchos días solo, alejado de la familia. En casa, todos nerviosos e impotentes. Los silencios a la hora de comer o cenar pesaban y de qué manera. Por suerte, ya está en casa. Hemos podido hablar con él por una pantalla que nos iluminaba más que nunca; contentísimo, nos ha dicho que cada día, ha insistido: cada día, agradece que salga el sol y que, afortunadamente, haya podido volver. Y entonces he entendido, de repente, que hay gente que no vuelve. Respiro. Estos días me estoy haciendo mayor muy deprisa. He mirado a mi tío, desorientada ante un horror que no he visto pero que él sí ha presenciado: “Y ahora, los que no nos hemos ido... ¿qué...qué hacemos, tío?” Ha sonreído y ha respondido con serena claridad: “Pues vivir, Carlota, vivir. Cada día”



## 11 de mayo: Blanco

Las paredes de mi habitación son blancas. Siempre me ha gustado el blanco. No sé, me relaja... Cuando me siento enfadada, me voy a mi habitación y mirando sus paredes, toda yo me sereno. Hoy estoy cansada y un poco malhumorada. No me hacen gracia los mensajes supuestamente divertidos que intentan levantar el ánimo de la gente...Estoy harta de esto, de levantar el ánimo...De tener que estar contenta, de poner al mal tiempo buena cara, de tener que ser optimista, de...Miro la pared blanca. Ella me permite estar contenta, ¡pues claro!, pero también triste y enfadada. Qué generosidad, la suya.



## 18 de mayo: El teatro

Papá resopla: “Buf...”. Es la clásica onomatopeya cuando está haciendo una videollamada con la yaya y no sabe como tranquilizarla. Me acerco y efectivamente: la abuela, en lo que ya es un monólogo, está lamentándose de lo terrible que es la situación, “como una guerra”. Veo a la abuela sufrir, la veo mayor. Sí, claro que sabía que era mayor pero estos días... ay, no sé cómo decirlo...veo una mujer mayor sufriendo. Debe ser porque yo también me estoy haciendo mayor. Mientras papá la escucha impotente, la yaya continúa explicando como de negro lo ve todo: “Lo peor no es la guerra, es la postguerra”. Y entonces, en un ataque de improvisación osado y cambiando de tema de una manera aparentemente injustificada, intervengo: “¡Abuela, ya tengo novio!”. Ella deja de hablar y mi padre me mira, sorprendido. “Un chico de la clase...Con el Skype no pierdo el tiempo, yo...”. A la abuela le cambia la cara y papá, que ya adivina mis intenciones, contiene una emoción de esas profundas. “¿Y cómo se llama? ”, me pregunta mi abuela. Respiro y me dispongo a continuar mi historia teatral, es decir de mentira para fuera y de verdad para dentro.



## 22 de mayo: Renacer

Papá tiene unos libros un poco extraños. Hoy he hojeado uno de muy grueso. Habla de pintores en la época del Renacimiento (me ha hecho gracia esta palabra...No sé, me gusta esto de volver a nacer). Se ve que algunos pintores se cerraban en habitaciones muy oscuras durante días. Primero no veían nada, claro, pero el ojo humano se adapta (¡qué curioso!) y va descubriendo cierta claridad donde al principio no había visto nada de nada (solo un negro denso). Pasados los días, salían y eran capaces de ver todos los matices de la luz. Entonces pintaban. Ojalá, sueño, que después de tanto encierro, seamos capaces de ver más claro no sé qué, pero sí más claro. Y, de alguna manera, renacer.



## 26 de mayo: La mermelada de fresa

Ya hace muchos años que los padres de Cristina, mi mejor amiga, están separados. Estos días ella se ha quedado con su madre. Su padre trabaja en una farmacia y, tal y como él mismo le comentó, “mejor no corres riesgos”. Todo el mundo habla de los médicos y las enfermeras (y más aún se tendría que hablar, sobretodo cuando todo esto se acabe), pero ¿y los que trabajan en las farmacias? Ya hace muchos días que mi amiga no ve a su padre. Le llama cada día, eso sí, y siempre le explica cosas dulces como que últimamente se está aficionando a comer mermelada de fresa a todas horas y que está aprendiendo a cocinar unos pasteles con los que, cuando se puedan ver, se van a poner las botas... Ayer al bajar a hacer la vuelta de rigor con su madre han encontrado una bolsa con una mascarilla, guantes... Mi amiga ya sabía que su padre no tardaría en llevárselo. Su madre, sin embargo, se ha sorprendido. Y entonces, en esta sorpresa que sorprende a Cristina, mi amiga se ha dado cuenta que empieza a conocer mucho más a su padre que su propia madre, la cual es definitivamente su exmujer. Con mascarilla nueva, han ido a dar la vuelta. Su madre ha aprovechado para ir al super. Como el que no quiere la cosa, Cristina le ha pedido a su madre, otra sorpresa para ella, que no se olvide de la mermelada de fresa.



# 1 de junio: La bondad

En el bloque donde vivimos hay dos pisos por rellano. En el 2º 1ª y en el 2º 2ª viven dos mujeres mayores, viejecitas y viudas, Engracia y Eulalia. Tanto una como la otra, cuando las encontramos en el ascensor, siempre sonrían. Yo soy vergonzosa y hay sonrisas de gente que me ponen nerviosa, pero hay otras sonrisas, como las de Engracia o Eulalia, que, no sé, son más discretas y me hacen sentir bien.

Ya hace algunos días que Engracia no se encuentra bien y Eulalia le va a comprar la comida y se la deja en la puerta. Me imagino a Engracia viendo la compra que necesita y agradeciendo que su amiga Eulalia se dedique a ayudarla como saben hacerla las dos: con una discreción des donde la bondad sonrío.



## 6 de junio: La naturaleza

Hoy he andado por la montaña. Hacía días que no podía hacerlo. Pisar la tierra (que, firme, me ha ensuciado, por fin, los zapatos excesivamente limpios), ver el verde (¡los muchos verdes!), oler el frescor (a la sombra de los pinos), ver las ardillas (parece que no tengan tanto miedo) y escuchar mi pecho como, contento, se ensancha al inspirar y al expirar se relaja. Un regalo para los sentidos que me permite ver el entorno natural como si formase parte de mi (o yo de él) y penetrar en un bosque interior donde las palabras se disuelven.



## 10 de junio: Y punto

Así como me resulta imposible imaginarme a mi abuelo sin sus encantadoras arrugas, para mi es inconcebible que papá cayese enfermo. No podía ser por la sencilla razón que nunca había pasado. Mi padre, invencible, fuerte como un roble, que todo lo puede... ¿Enfermo? Pues sí. Papá hace unos días empezó a tener fiebre. Y cuando estos días una persona tiene fiebre, se encienden todas las alarmas. Pero me he sorprendido. No me he alarmado de ninguna manera (cosa que sí hago por tantas otras cosas que ahora me parecen ridículas); sencillamente me he puesto a su disposición. Y punto. Es curioso, esto de “y punto” siempre lo dice, papá. Le estoy cuidando como él me ha cuidado a mi, tantas veces. Hoy le he preparado el desayuno y se lo he dejado en la entrada de la habitación. Nos hemos mirado; nada, un segundo. Era una mirada de agradecimiento mutuo. Y punto.



## 13 de junio: Todo cambia

Esta mañana de miércoles me he levantado haciéndome preguntas que me inquietan: ¿Cómo combatir la angustia de saber que las cosas vienen de repente y, ¡zas!, todo lo cambian? ¿Cómo aceptar que no controlamos nada de nada y que somos como una hoja a merced del viento? ¿Cómo soportar el peso de todo esto? ¡Basta! Harta, me he tumbado de nuevo en la cama y he cerrado los ojos. Y me ha parecido oír la voz imaginativamente dulce de mi querido profesor de lengua cuando nos lee en voz alta en sus clases del miércoles por la mañana: “La angustia no se combate, querida Carlota; hay que dejar que el viento se la lleve sin ninguna inquietud hasta convertirla en...nada de nada. Y entonces, ligera, quizás de repente, aprender como es de inútil controlar lo incontrolable: que todo cambia”.



## 17 de junio: Plensa

Papá y mamá han empezado a trabajar. Pero yo ir a la escuela, de ninguna manera. Total, que me tengo que quedar durante largas horas sola en casa. “Venga, Carlota, que ya eres mayor”, me intenta animar mi padre. Y es verdad que me he hecho mayor, pero parece anteayer que mamá me explicaba un cuento antes de irme a dormir. Sola, hojeo libros que corren por casa. Hay uno de un señor con barba, un tal Jaume Plensa, que hace esculturas enormes. De entrada me impresionan, pero después misteriosamente me recogen. Veo una de sus esculturas, la cabeza de una chica, grande y frágil, con los ojos cerrados. Yo también los cierro. Respiro. Y, como la escultura, de manera casi imperceptible, sonrío.



## 21 de junio: El curso se acaba

Hoy, último día de curso y último escrito. Me hacen escribir una redacción sobre lo que he aprendido estos extraños tres meses. ¡Qué manía con las redacciones! Siempre nos las hacen escribir al empezar el curso, antes de vacaciones... ¡Me saca de quicio! Sonrío y pienso que me gusta protestar. Lo necesito para después ponerme a trabajar. Vamos que esto se acaba. A ver, ¿qué he aprendido a lo largo de estos tres meses? A escribir mejor, sin duda. Pero sobretodo, ahora que lo pienso, una cosa que siempre he escuchado de mamá, de papá, de algunos maestros y de tantas personas que me quieren; una cosa que ahora, al experimentarla, no solo entiendo, sino que puedo decir que sé: que cuando las compartes, las alegrías son doblemente alegres y las penas más ligeras y que cuando un grupo de personas se ponen, conjuntamente y a la vez, a hacer una cosa, como puede ser endulzar un confinamiento durante tres meses, son capaces de generar una energía imparable.



# Epílogo

## Todo se acaba

Y hasta aquí las experiencias durante el confinamiento de nuestra querida Carlota. Cuando escribo este texto el día, de un calor intenso, va dando paso, poco a poco, a una agradecida noche de verano. Tal y como decía mi abuela: Todo se acaba. Recuerdo como lo decía: con aquella dignidad y entereza con las que encaró el último tramo de su vida y que siempre recuerdo cuando tengo que cerrar una cosa que amo.

Las palabras, cuando son verdaderas, no solo significan lo que significan, llevan incorporadas (¡oh, maravilla!) el espíritu de quien las escribe o pronuncia. Todo se acaba. Lo decía con firmeza, y no con tristeza, quizá consciente que sí, todo tiene un final, para poder recomenzar de nuevo.





[www.asociacionbodhicitta.com](http://www.asociacionbodhicitta.com)

Copyright de los textos  
Asociación Bodhicitta  
Oriol Colomer Casas

28



ASOCIACIÓN BODHICITTA  
ESCOLA DE L'ÉSSER